PESQUISA DEL DIABLO

HE rastreado en fustes y en alambres;
he querido encontrar tu huella en los escombros
de una mansión vencida por el tiempo;
he poblado de palomas la torre de una iglesia,
por ver si sorprendía entre sus alas
el impacto del fuego.
He cerrado los ojos fuertemente,
de cara a la penumbra,
en una vacía sala de conciertos,
y con intensidad he pensado en los más abyectos crímenes,
en los trapos más sucios de miseria,
en la saliva turbia del odio.
Luego, abiertos los párpados,
he escrutado los sombríos rincones,
atentos los oídos al crujir de los muebles,
vivo el vello a los soplos de todas las rendijas,
esperándote.

He paseado a lo largo de los muelles,
cuando al anochecer busca un descanso la lluvia,
cuando las mercancías se aburren de estar muertas
y una rata se atreve a buscar su sustento.
He encendido un cigarro, provocándote
con la llama que, aguda, embebe el rostro,
temblorosa la mano sin defensa.
Y te sentía, a veces. Me volvía
súbito hacia un temblor, te adivinaba,
te veía surgiendo, creciendo, remontándote,
grumo de lodo, aliento de la tierra.

A veces, olvidado ya del ansia,
solo conmigo o con el mundo, estando
entre peso y alivio,
como un humo levísimo, advertía
que te enroscabas en el tiempo, haciendo
patente tu desprecio.

—¿Por qué sueñas?—decías. No pensabas
que el sueño es una parte de la lucha
que se adhiere al descanso,
y lucha significas si aún aguarda
el tiempo su final. O lo sabías
y anhelabas el vuelco de este vaso
que colma la esperanza.

Porque no nos entiendes. Si yo araño los muros,
si bajo cal, si bajo aire atiendo
la señal de tu asco,
es porque sé que eres el reverso
de una moneda; espero
volverte boca abajo,
sentir el molde de tu bulto en polvo,
tu desesperación de espaldas, verte,
no verte estar, sentirte,
envés de la desdicha,
bajo el peso de Dios que fulge y oye.



ALFONSO CANALES